

"ALCANCES DE UNA CRÓNICA DE INDIAS"



ARIEL PERALTA*

La poesía redime su propia esencia, allí donde es capaz de subvertir la realidad, no para denunciarla, sino para ubicarla en la categoría existencial de aquello que no es posible definir en la objetividad simple de la palabra: es la otra voz de la poesía, aquella presencia no establecida en la estructura cotidiana, pero que está allí para ser descifrada por los receptores instintivos de sus códigos. Es el "Misterio" de la creación que en el plano estrictamente lírico, es capaz de dilucidar el mío, "aquel jeroglífico de nuestro destino", según definición de Octavio Paz, reinventando ante nosotros, y hacerlo vivir en medio del diagnóstico de nuestro universo.

Mientras el hombre exista, sólo el poeta será el tsamurgo de la realidad, el descubridor de los "otros mundos" o de las relaciones que existen entre ellos, y la diferencia entre la gran poesía y aquella otra que reposa en la vana lujuria de las palabras, no es otra que la capacidad de encontrar el sentido final a la existencia a través de las ideas asociativas, de la vida y la muerte, de la pasión y la ansiedad, de la justicia y el atrevimiento, de la bondad y el rencor, de la historia y la "anti" historia.

Pocos son los "elegidos" en el don de la expresión poética, e incluso, algunos permanecen a través del tiempo en aquella zona descubierta por la profundidad de su percepción, y no la abandonan por temor al riesgo de una "falta" en su detección subjetiva. Son los creadores de "escuelas", a quienes todos les es permitido, menos indagar en profundidades cercanas a su perimetro poético. Otros, en cambio, elusivos con su propia capacidad poética, son capaces de variar su enonación y esta-

blecer su presencia desde el tono de madrigal a la "recidumbre" omnipotente de la época. Entre nosotros uno, y excepcional: Enrique Volpe.

Conocíamos su *Tierra Padana* (1987), largo poema que recoge aquella virtualidad indestructible del hombre y la naturaleza que le vio nacer. Poeta escamoteada en las vivencias de una infancia italiana, purísima en la enonación y en la confirmación lírica del verso, fresco integrador de una campiña que reduce paisajes y voluntades individuales y colectivas, al esquema maravilloso del verso. La tierra de los lares-digamos para situarnos en un anaquepo poético-adquiría en la enonación lírica de Volpe, una reducción intimista de incalculable belleza, casi en la dimensión de una serpiente penetrante, abarcadora en su lucidez de una plenitud cotidiano-existencial prácticamente sin paralelo en nuestra poesía.

Volpe ha salido de aquellos entornos reducidos de la campiña padana, y se nos instala de pronto en la rigurosidad épica, en el acallar de la "trampa", como si para su capacidad de transgredir no hubiera fronteras de géneros ni esquematismos a ul- tranza.

Si toda poesía épica se propone una exaltación de los sentimientos de tipo colectivo, sobre todo en la incidencia de la proyección patriótica, ella adquiere en su acento una especie de grandiosidad que manifiesta el espíritu de toda una civilización, y es desde este punto, cuando surge la epopeya con su sobrecarga de elocuencia adjetival y su presencia abarrocada de hechos y personajes extraordinarios. Pero en este diagrama de sobreposición constante, el tanto final de la épica procura desbrozar lo real de lo legendario y cristalizar consecuentemente en el relato lírico de la Historia Verdadera.

Es lo que se propuso Enrique Volpe, con su *Crónica del Adelantado*, a través del seguimiento de una figura tutelar de nuestra Historia: Diego de Almagro. Como tres estrofas o cantos y dos invocaciones en 2.136 versos, hacen de esta *Crónica del Adelantado*, un verdadero acontecimiento en la literatura chilena.

El poeta se atreve en la indagación histórica y mueve a su personaje entre una narración breve en su viaje y en la correlación dramática con aquellos otros individuos que rescataban entre sí su participación en la "pequeña historia" de la conquista americana. Volpe asume un tono épico de acorde con su propia

temporalidad existencial, es decir, se constata la constancia con el pasado y lo revierte a la hora presente, unificándose en ese momento, al propio yo del Adelantado. Solución perfecta, intrínseca-digamos de paso-en aquel concepto de Croce de que "Toda la historia es contemporánea", pero con el aditamento de la subjetividad lírica que es el principio de la ubicuidad del autor, omnipotente en la relación objetiva-intimista del personaje que hace historia.

Decir poesía épica, es como plantear en sí el arte propio de narrar, y Enrique Volpe acompaña su magistral forma de "contar" su emblema mismo en la descripción de la naturaleza chilena, donde el tiempo del canto o silva se apaña de la armonía imitativa de los poemas épicos de corte clásico, sino que su objetividad adquiere la lejanía de una metáfora global que lo acerca en su riqueza al *Neruda de Canto General*. Chile será "Una guarra de riñón que se incendia dentro del trino eterno de un pajaro invisible" o el Valle de Aconcagua "El fuego que consume un catolario verde", el poema será "Un amarillo relámpago de feña" o que Chile es una tierra "donde cada lugar tiene nombre de árbol o bestia o evoca el proceso de una metamorfosis o de alguna fábula olvidada". Pero no todo será metáfora exultante, ni siquiera evocación de objetividades geográficas. El Adelantado mixtura su dramático peregrinaje con la reflexión confidencial de su misión, la de adentrarse en los páramos de la soledad con el predestino de la muerte a cuevas y la noción de la vanagloria, aquella que desmenuza la criba del tiempo, el efímero poder de monarcas y de imperios que comunican océanos y continentes. "Una gosa de eternidad puede contener toda la vastedad de los deseos del mundo", reflexiona el hablante -Adelantado de la Muerte- escuchador de la brevedad de una vida "al que la muerte concedió la gracia de la sabiduría". Y desde aquí surge la clave del hombre que deja los lares paternos en la consumación de un prestatto destino de grandera: una escuela de consumación, un quemarse y un autodestruirse en la misión real y providencial, resumen al fin de toda exhaustiva humana. Porque lo heroico no sólo es inserción inmolante en la historia, sino asignación cifrada de cada ser en la cotidianeidad, y es desde esta perspectiva donde el poema de Volpe resalta la más trascendente vinculación del hombre: el yo y su compaginación con el sentido final-

ista de la existencia. Materialidad y esencia, donde la inserción en la historia se dilata para arraigarse en la encrucijada de todo ser humano: la pausa de dos momentos -nacimiento y muerte- que en la visión del poeta alcanza apenas para descubrir un retazo de afectividad o encontrar el "espectro absurdo del amor". Desde ese ángulo Volpe se enfrenta, con la rigurosidad maestra del verso, con la temática de la muerte natural, podría decirse en la referencia del mar- co épico, pero que en el poema va más allá del adorno externo, para adentrarse en una cosmología filosófica, o más bien, teleológica. Y esta doctrina de las causas finales, aprieta al personaje, que por la propia disposición de su profundidad, custodiamente hace desaparecer la importancia del "héroe homérico".

No es Almagro, sino el poeta transfigurado en el pretérito del conquistador, el que encuentra la afonía espléndida de la metafísica de la muerte, que ya no es una cooptación individual, del yo que interroga el sentido de la finitud de la vida, sino que integra a las formas definidas de un poñ nacido entre el blástar de las armas y la amalgama de dos razas como signo de dramatismo sanguiño, aún no concluido en el desgarramiento de una historia dominada por la muerte y la desesperanza. Volpe hida junto a su personaje en la interpretación justa de lo americano, y lo telórico, la vastedad geográfica, la antinomia fascinante del hombre y naturaleza, y el redondear de la muerte individual o colectiva, enhebra esta fatigosa voluntad de ser nosotros mismos, redimiéndonos en la entrega conciente de nuestra terrible historia, resucitada en la puma maestra de Enrique Volpe en aquella expresión de que "Las piedras de la montaña andina han de partir el noble acero con que el armero futuro de las haldas forjará la enorme espada que otros conquistadores y Adelantados sentirán que usar para liberar a sus patrias".

El tiempo, "que es arado de luz en todas las tinieblas" hará de esta *Crónica del Adelantado* un poema clásico de nuestra América.

*Historiador y sociólogo, autor de "El Cautivo en América Latina" y "El Mito de Chile".

NP461

Poesía y Prosa, julio de 1991

31

"Alcances de una crónica de indias" [artículo] Ariel Peralta.

AUTORÍA

Peralta, Ariel

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Alcances de una crónica de indias" [artículo] Ariel Peralta. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile